

Miguel Herrero de Jáuregui

Catábasis

El viaje infernal en la Antigüedad



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: J. R. S. Stanhope: *Caronte y Psique* (detalle). Colección particular Roy Miles Fine Arts.
© ACI / Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez
Las imágenes que figuran en este libro han sido cedidas por el autor

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© Miguel Herrero de Jáuregui, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-208-0
Depósito legal: M. 638-2023
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Prefacio
15	1. Preparativos
31	2. Donde viven los muertos
74	3. El héroe caído
98	4. El anciano valeroso
124	5. La voz de los difuntos
148	6. La épica del alma
185	7. Experiencias y doctrinas
212	8. El viaje de los poetas
240	9. Mitos platónicos
269	10. La esposa rescatada
295	11. Bromas y veras
338	12. Políticas del Hades
369	13. Recuerda, romano
392	14. Pasos en la sombra
413	15. Infiernos desde el cielo
455	Notas
479	Bibliografía
487	Índice analítico
491	Índice de pasajes citados

Para Iris Azquinez

Prefacio

Este libro es resultado de una década de investigación sobre las poéticas del viaje al Hades, pero no es una colección de estudios independientes, sino que tiene como objetivo abarcar por completo el tema propuesto y llegar al fondo de las cuestiones centrales. Es falsa, a mi entender, la supuesta incompatibilidad entre investigación y divulgación, que asume erróneamente que dirigirse a un público más amplio que los especialistas impide proponer nuevas lecturas e interpretaciones. Para combinar ambos aspectos he optado por reducir las notas y las referencias bibliográficas a las realmente indispensables, por ser clásicas de la materia o las más punteras y originales. Algunos capítulos (3, 4, 6, 7, 8, 13 y 14) se fundamentan en artículos míos publicados en otras lenguas, señalados en la bibliografía final, que se han ampliado y revisado, y a cuyo aparato erudito me remito para los detalles omitidos aquí por no cargar al lector con más referencias de

las necesarias. Los demás capítulos han sido redactados en el mismo espíritu de ir a lo esencial. Por la misma razón, los textos griegos y latinos están traducidos, y en lengua original solo se ofrecen las palabras imprescindibles para el estudio, cuyo texto se ofrece transliterado.

La investigación sobre catábasis ha florecido en los últimos años, pero siempre en estudios parciales, generalmente recogidos en volúmenes colectivos, que no abordan la tradición entera, desde Homero a la literatura cristiana. Dentro de la enorme diversidad de géneros y épocas, la continuidad de la tradición catabática merece una monografía. Y es apropiado, dada la diversa y profunda investigación en nuestro país en este campo, que esta monografía aparezca en español, lengua que hoy participa en el debate académico internacional en disciplinas universales como son las clásicas, la historia antigua o la historia de las religiones. Por ello, el uso científico de nuestra lengua no debe limitarse a traducir y hacerse eco de lo publicado en otras, sino que debe recoger los argumentos de otros estudiosos, discutirlos, aceptarlos y corregirlos cuando sea necesario. A partir de estas premisas, el propósito de este libro es hacer avanzar el conocimiento de la tradición catabática desde el estado actual de la investigación, y a su vez incorporar a ese camino a todos los interesados en la literatura, filosofía y religión de la Antigüedad.

Por ello este estudio no tiene vocación de exhaustividad en todos los aspectos, sino en la visión general y el examen de casos significativos. Algunos textos se analizan al detalle porque son objeto de la investigación propia, y otros sobre los que podrían completarse varias otras

monografías, como la *Odisea*, las *Ranas*, o las obras de Platón, Virgilio, Ovidio o Luciano, se sintetizan con remisión a los estudios más autorizados, y se incorporan a la panorámica literaria de la catábasis antigua. Es un recorrido que abarca más de un milenio, desde época arcaica hasta el siglo V d. C., y en el que la visión general es tan necesaria como el estudio pormenorizado de textos concretos.

Madrid, septiembre de 2021

1. Preparativos

Nuestro tiempo, tan vitalista y futurista, mira con el mismo interés de los siglos pasados a los antiguos relatos del viaje al mundo de los muertos. Es un interés siempre renovado, que no se explica solo por la recurrente aparición de fenómenos como catástrofes naturales, guerras o pandemias, que hacen surgir diversas combinaciones de temor y esperanza propias de la reflexión intensa sobre el final de la vida, sino que revela una fijación permanente por la cuestión. Y aunque esta curiosidad desborda con mucho el ámbito académico, acude a él para encontrar respuestas. En la última década han visto la luz diversos estudios que abordan desde los descensos entre los antiguos sumerios a la *Divina comedia*, y más acá, el viaje al inframundo en la novela y el cine contemporáneos. Y es que hablamos de un fenómeno casi universal: de Gilgamesh a *El corazón de las tinieblas*, desde la mitología celta a los antiguos aztecas, en las culturas de todos los con-

tinentes el tema del viaje al mundo de los muertos es un mito recurrente que sitúa al hombre en el cosmos, frente a la naturaleza, los difuntos y los dioses de acuerdo a las categorías de cada civilización.

Sin embargo, este libro no pretende siquiera intentar abarcar todo el recorrido que tiene el tema en el género humano, ni temporal ni geográfico. Tampoco quiere, ni por asomo, dar respuesta a las cuestiones eternas sobre la vida y la muerte, sino explicar las de los antiguos. Y ni siquiera para ellos el descenso al Hades era el modo de solucionar los problemas que suscita la realidad de la muerte, sino de plantearlos de modo narrativo, temporal y espacial, a través de una cosmografía existencial que sitúa a los hombres en el universo. Este no es un libro, por tanto, sobre la salvación de la muerte en la Antigüedad (que será, por cierto, materia de otro estudio en un futuro próximo): al contrario, el descenso al Hades era el modo más común, fecundo y lleno de posibilidades que griegos y romanos tuvieron para lidiar con la muerte. Su propósito, pues, es avanzar en la comprensión de los antiguos textos clásicos, y aportar orden y luz a un campo que, en demasiadas ocasiones, el entusiasmo excesivo y la ignorancia interesada oscurecen con las brumas de la confusión. Para ello, renuncio de entrada al comparatismo con otras culturas, a las derivaciones del tema en la modernidad, y a las generalizaciones sobre el *Homo sapiens*, esperando ganar en concreción lo que se pierde en amplitud. El estudio de lo particular sirve también de acceso a lo universal.

Pero señalados los límites externos, no hay que cerrarse más dentro de ellos con nuevas barreras, antes al contrario. El estudio de la Antigüedad ha sido demasiadas

veces presa de oposiciones excesivamente rígidas que solidifican los muros conceptuales que, con fines didácticos, dibujan los manuales y planes de estudio: la literatura frente a la religión, la poesía frente a la filosofía, el mito frente a los logos, el paganismo frente al cristianismo, lo homérico frente a lo órfico, y Grecia frente a Roma. Las divisiones que sirven en un nivel elemental para clarificar, distorsionan cuando se convierten en categorías absolutamente separadas con la autoridad del dogma científico como las distintas especies animales. Precisamente la catábasis es un tema que atraviesa diversas épocas y géneros literarios con notable coherencia y singularidad. Por ello este libro empieza con Homero y acaba con la literatura cristiana antigua, pasando por diversos géneros literarios a lo largo de un milenio, sin que las evidentes distancias impidan reconocer también los múltiples puntos de conexión.

Ahora bien, romper barreras no equivale a dar por bueno un confuso maremágnum o un sobrevuelo superficial sobre la cuestión. En general la perspectiva del no especialista sobre la escatología precristiana adolece de una notable indiferenciación, no ya de épocas y géneros, sino de literatura, mitología, ritual, y creencias, a partir habitualmente de un vago comparatismo general. Y no pocas veces de esta imprecisión participan incluso estudios del mundo antiguo que se refieren a la cuestión de oídas. Aún hoy hay quien mezcla, más por ignorancia que por mala fe, el retorno del ciclo agrícola, la resurrección de los dioses, las doctrinas de la inmortalidad del alma, y las historias de viaje a la ultratumba en una caótica amalgama que le ve un sentido religioso a cualquier referencia al Hades con independencia de su época, contexto cultural, géne-

ro literario y autoría individual. Pero las explicaciones generales que utilizan la intuición mística o simplemente perezosa y las coincidencias superficiales como método de investigación hace tiempo que quedaron desterrados de la ciencia histórica. Por tanto el esfuerzo de conexión entre diversas épocas y autores, entre rito y literatura, entre mito y creencia, no debe llevar a confundir las categorías básicas. El siguiente capítulo, que recorre con afán sintético el panorama de la escatología antigua antes de iniciar el recorrido cronológico por las fuentes literarias, trata de definir los conceptos fundamentales que se dan por supuestos en el resto del libro. Ahora toca acometer una tarea previa, aclarar los principios metodológicos que guían esta investigación.

Escilas y Caribdis

Ante un tema importante y específico, abordado por múltiples estudios recientes y clásicos, como los mencionados al final de este capítulo, cabe preguntarse en qué contribuye concretamente este libro. Me permito destacar tres principios definitorios que orientan el método de investigación del estudio. Primera, no debe ser teleológico ni genealógico, sino estudiar cada fuente por sí misma. Segundo, no debe desdeñar el valor religioso de la literatura ni tampoco idealizarlo, sino simplemente tomar en serio la capacidad creadora del poeta. Y tercero, debe centrarse en las fuentes literarias, no en la reconstrucción sistemática de creencias ni rituales. Merece la pena explicar brevemente estos criterios.

Ante todo, debemos huir de la teleología, es decir, de la orientación finalista que valora cada testimonio en función de su cercanía al objetivo final, como si la literatura y la religión tuvieran que seguir un evolucionismo neolamarckiano. El objetivo de este libro no es investigar los precedentes de Dante, ni de Virgilio, ni de la escatología cristiana. La aproximación teleológica ha teñido buena parte de la investigación sobre la catábasis, y tiende a oscurecer aquello que no es susceptible de ser precedente y resaltar, hasta la distorsión incluso, lo que sí lo es; o al contrario, puede suscitar una reacción pendular que se fija solamente en la diferencia y niega cualquier paralelo. No pocas veces estas posiciones están permeadas, conscientemente o no, de prejuicios sobre la superioridad estética u ontológica de Virgilio sobre Homero, el cristianismo sobre el paganismo, o viceversa. Si se examina cada testimonio separadamente y se miden las posibles influencias prescindiendo de una valoración subjetiva de fondo que implique progreso o decadencia, se puede conseguir que los capítulos no fluyan como la corriente del río hacia la catarata, sino como un gran caudal que va enriqueciéndose con afluentes y dispersándose en nuevos deltas y guadianas sin buscar la desembocadura en un océano último. El orden de los capítulos es cronológico y por géneros literarios y aproximaciones al tema, pero podría alargarse hacia atrás, investigando los precedentes, o hacia delante, con la tradición medieval, y el método antifinalista sería idéntico.

Del mismo modo, tampoco es el interés de este libro remontarse hasta los orígenes últimos de la catábasis, es decir, no tiene un objetivo genealógico. Igual que no bus-

ca la desembocadura final, tampoco rastrea el manantial prístino. Y no solo me refiero a los orígenes mesopotámicos, egipcios, persas, o indoeuropeos –por no hablar del «sustrato pregregio» o el chamanismo siberiano– que tanta tinta han hecho correr, y que se mencionan cuando es oportuno como paralelo, pero no son el objetivo de esta investigación. Me refiero también a la tendencia tan de moda de buscar el origen de toda idea en la disposición cognitiva de la mente humana, y proyectar además esta nueva «religión natural» en la prehistoria, siguiendo las modas de la macrohistoria que fantasea a gusto sobre los supuestos discursos ideológicos del neolítico y paleolítico, cuando no tenemos ningún escrito que permita probarlo ni contradecirlo. Si son peligrosas generalizaciones, por ejemplo, sobre «la mente griega» o «la búsqueda de la verdad última», más lo son aún las lucubraciones sobre la mentalidad universal origen de todo, que poco o nada añaden, en mi opinión, a la comprensión de las fuentes.

Y es que entender mejor las ideas griegas y romanas sobre el viaje al Hades, tal como vienen reflejadas en los textos estudiados, es el único objetivo de este estudio. La presencia de la catábasis en autores como Homero, Platón o Virgilio es interesante por sí misma, y también porque reflejan la importancia del tema en tradiciones anteriores y contemporáneas, e influyen en grado sobresaliente en otras obras posteriores. Para la comprensión de estos textos importa mucho su dimensión religiosa y su relación con el mito, el ritual y las ideas filosóficas propias y circundantes. También sus fuentes y sus derivaciones. Y es claro que el orden cronológico se impone por sentido común. Pero el análisis de cada fuente por sí misma, no como

precedente de otras, ni como resultado final de las anteriores, es la condición capital para conseguir comprenderlas todas en su plenitud.

Hay otros dos extremos peligrosos entre los que debe navegar este estudio sin acercarse demasiado a ninguno de ambos. Puesto que las fuentes son literarias, hay una tendencia numerosa a excluir la literatura del estudio de la religión, alegando que son poco menos que fantasías escapistas y entretenidas, puesto que la verdadera esencia de la religión está en la práctica cotidiana de individuos y grupos, que se presupone muy alejada de las preocupaciones de los grandes creadores y filósofos. Desde tal enfoque, el conjuro mágico encontrado en un papiro o la tablilla con una maldición tienen mucha mayor importancia como testimonios de la religión vivida que Homero o Virgilio, cuyos poemas son alta literatura, fantasías elevadas para deleite de los exquisitos. A lo sumo la literatura proporcionaría una versión ornamental y propagandística (el famoso «relato» en la terminología en boga) que el estudioso de la religión debe trascender para llegar al fondo de la experiencia que se localiza en la práctica cotidiana.

En el otro lado, no faltan quienes abordan todo texto literario antiguo como réplicas exactas de las creencias de sus autores y su público, creencias que además se suponen coherentes y sistematizadas, o mitos fijados en una versión original y prístina que los poetas van plasmando en sus obras. Homero y Virgilio serían, contrariamente al paradigma anterior, fieles reflejos de la religión e ideología de sus contemporáneos, que recibirían sus poemas con total naturalidad como fiel expresión de sus ideas, o

meros transmisores de mitos ya fijados en la conciencia general, de los que a lo sumo se pueden desviar. En el caso extremo, menos presente en la academia pero abundante en otros lares, se idealizan los textos antiguos como un repositorio de sabiduría ancestral, cuyas imágenes y formulaciones son casi arquetipos eternos que no solo manifiestan las creencias de los antiguos, sino que también deberían condicionar las nuestras.

Podemos llevar estas posiciones a la clásica polaridad entre mito y ritual, y a las diferentes opiniones sobre qué es prioritario, en el tiempo y en importancia, como elemento fundamental de la religión. Pero en lo que respecta a la literatura, en el fondo ambas posturas se asemejan cuando piensan que el ritual o el mito son el ámbito al que hay que trascender para comprender la religión. Las dos provienen de una profunda desconfianza en la literatura como pilar de la religión antigua, una mera pantalla detrás de la cual está lo real e importante, sea la experiencia ritual o la creencia intelectual. La literatura es para ellas mero adorno poético, concebido sea como entretenimiento, sea como propaganda. Ambas cercenan la capacidad del poeta de crear ideas y experiencias mediante su obra y transmitir las a su público. Sin embargo, como proclama la etimología de *poiētēs*, hacedor, el poeta es creador de realidad. Lleva a su público, sea la audiencia del espectáculo colectivo, o al lector concentrado en soledad, por los caminos de su inspiración, que no son ni obligados por un dogma que los traza previamente, ni devaneos superficiales que sobrevuelan con ligereza una realidad más profunda y sólida.¹

Cartografía de las fuentes

En el supuesto de atravesar estos escollos sin naufragar, ¿cuál es el objetivo? Las poéticas de la catábasis que estudia este libro son los principios y tendencias que marcan la presencia del tema del viaje al Hades en la literatura antigua, en el sentido amplio del término. Literatura es aquí todo texto en que la forma es determinante para la comprensión del contenido, sea poesía o prosa, una breve inscripción o un diálogo filosófico. Y «forma» no se ciñe solo al estilo, sino que incluye la aparición de alusiones mitológicas, referencias a otras obras y alusiones que apelan a la inteligencia estética del público o lector. Pero esta forma, lejos de ser una carcasa retórica que apela solo al literato, es la que determinaba en el mundo antiguo –y aun en el nuestro en buena medida– la reflexión y la experiencia sobre las cuestiones en que se apela a una voz autorizada. Primero los poetas (de diversos géneros) y los filósofos después, pasando por los expertos rituales y los reformadores religiosos, apelaron incesantemente a esta tradición formal como manera eficaz de plasmar sus ideas y hacerlas persuasivas en multitud de asuntos religiosos, políticos, metafísicos y culturales. Y entre los motivos de esta tradición formal, descuella el del viaje al Hades porque, para muchos al menos, la cotidianidad individual o colectiva no proporcionaba respuestas suficientes ante la muerte, y para darlas surgía la voz autorizada por la forma literaria, que se remonta en último término a la Musa y a similares imágenes de inspiración divina.

El lenguaje mítico se fundamenta, pese a las fantasías psicocognitivas de antes y de ahora, en fuentes concretas,

textuales e iconográficas, que van construyendo y deconstruyendo el mito en un proceso milenario. Nunca hubo un viaje al Hades originario, sino una constante transmisión y reinención de este relato. Más que mito en abstracto, hay una constante creación mitopoética: son los poetas, artistas, filósofos, expertos rituales, los que le dan forma y lo transmiten, y cada individuo y cada grupo lo aplican con un sentido específico. Frente a quienes sostengan que la literatura fantasea frente a la religión viva, hay que decir que la atención a las fuentes es precisamente vacuna contra la fantasía. Y no porque haya que tomar las fuentes al pie de la letra ni convertirlas en una escritura sagrada transmisora de dogmas, sino porque solo ellas atestiguan la forma y sentido que le quisieron dar el autor y su audiencia, tanto la inmediata como en diversas fases de recepción de cada obra.

Por ello el núcleo de este libro lo constituyen análisis filológicos de fuentes textuales griegas y latinas. Y en el estudio de los textos literarios es fundamental la atención a las convenciones propias del género, que para los antiguos son el parámetro fundamental con el que comprender cualquier obra. La épica, la lírica coral, la comedia o la tragedia, incluso la filosofía o la sátira, hablan a través de esas convenciones compartidas por autores y público, y un tema mítico transversal a varios géneros como es la catábasis va adaptándose a cada uno con plasticidad suficiente como para ser reconocible en la tradición y al mismo tiempo capaz de suscitar interés y originalidad en cada género y autor.

Un breve recorrido a través de los géneros empieza en el que más propiamente cultiva la catábasis, la poesía épica.

La *Iliada* homérica, aunque no trate explícitamente el descenso al Hades, juega con el tema en algunos pasajes. Más explícitamente aún, en la *Odisea*, la llamada *Nekyia* del canto XI es una necromancia en la que Ulises consigue conjurar a los muertos para hablar con ellos, aunque en determinados versos el episodio se presenta como si Ulises hubiera viajado al Hades. Los descensos de Heracles, Orfeo, y Teseo y Pirítoo, se conocen a través de resúmenes más tardíos de antiguos poemas épicos perdidos, y de referencias a ellos en otros géneros como la tragedia. Otros mitos en que el visitante del Hades es un dios se tratan en diversos géneros literarios: el rapto de Perséfone se cuenta en el *Himno homérico a Deméter*, vinculado a los misterios eleusinos; Dioniso bajó a rescatar a su madre Semele para llevarla al Olimpo en la tradición épica, pero además es el personaje burlesco de una comedia de Aristófanes, las *Ranas*, en la que el dios desciende para resucitar al mejor autor de tragedias; finalmente, relatos rituales y doctrinales, como las llamadas laminillas órficas de oro, o los mitos escatológicos de Platón, imaginan la llegada del alma al Hades tras la muerte y ofrecen vívidas descripciones que adaptan las narrativas tradicionales a sus propósitos. En la era postclásica un filósofo como Plutarco y un satirista como Luciano también contribuirán a combinar y expandir estas tradiciones griegas. Por su parte, los poetas latinos de época augustea volvieron a contar muchos de estos mitos griegos, y no pocas veces son la fuente principal, como el descenso de Orfeo en las *Geórgicas* de Virgilio y las *Metamorfosis* de Ovidio. En el libro VI de la *Eneida*, Virgilio describe el descenso de Eneas a visitar a su difunto padre Anquises, que le cuenta el futuro